

El algoritmo bajo sospecha

La mirada crítica de las humanidades frente al ímpetu tecnológico

Mariana Iglesias

Es licenciada y maestra por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona, España) y doctora por El Colegio de México. Trabajó como Teaching Assistant en el Departamento de Romance Languages and Literatures de la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts) y, desde el 2021, es académica de tiempo completo en el Departamento de Reflexión Interdisciplinaria de la Universidad Iberoamericana. Entre sus actividades principales se encuentra la coordinación del Seminario Thizy por el Bien Común, el estudio de la poesía española del siglo XX y las conexiones entre la literatura, la filosofía y el arte. Desde 2022 es miembro del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores.



Hasta muy tarde en la modernidad occidental, los vocablos de “técnica”, “ciencia” y “artes”, aunque en principio podían referir a áreas del conocimiento diferentes, se usaban muchas veces indistintamente. Cuando, por ejemplo, Rousseau critica en su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755) los efectos negativos del proceso civilizatorio –el famoso mito condescendiente del “buen salvaje”– las artes y las ciencias ocupan el mismo espacio de denuncia. Según Gómez (2011, p. 125), no fue sino hasta 1897 (unos años después de la famosa Exposición Universal de París, celebrada en 1889) que el pensador francés Alfred Espinas establece una distinción terminológica al definir la palabra *technologie* como la “organización sistemática de

cualquier técnica”, ligando el vocablo a un esquema de producción en serie. Parece ser entonces que la “tecnología” nace en Occidente cuando el sistema de producción masivo –que caracteriza a la Primera Revolución Industrial y que da lugar a lo que Silvia Federici (2024) identifica como la institucionalización de la esclavitud– llega a su punto más álgido. Esto explica que, aunque ha habido juicios desde el ámbito del pensamiento y las humanidades en cuestiones relacionadas, por ejemplo, con los efectos negativos de la urbanización –el tópico del *beatus ille* sería el paradigma de esta tradición– las críticas hacia la tecnología aparecen precisamente cuando la técnica deja de ser únicamente una aliada para mejorar la calidad de vida del ser humano y, guiada bajo una lógica de explotación capitalista, pasa a convertirse en un elemento que contribuye al proceso de alienación y deshumanización.

Podríamos situar la primera ola de manifestaciones críticas en el nacimiento del Romanticismo inglés, en el siglo XVIII. Como Robert Langbaum señala, aunque una parte de la crítica tendió a leer el romanticismo como una mirada *naïf* ante el mundo moderno, en realidad el Romanticismo inglés aparecía como una reacción ante la fe ciega en los ideales de la Ilustración y, de modo específico, como denuncia ante la instrumentalización de la ciencia frente a lo propiamente humano “*it was as literature began in the latter eighteenth century to realize the dangerous implications of the scientific world-view, that romanticism was born*” (Langbaum, 1963, p. 11). De ahí que la literatura del romanticismo mostrara una necesidad de refugiarse en las posibilidades espiritualistas y panteístas de la naturaleza, al mismo tiempo que denunciar el efecto deshumanizante del proceso de mo-



Una tejeduría con telares mecánicos en 1835. Ilustración de T. Allom, Engraver J. Tingle. *Wikimedia Commons*.

dernización. Recordemos, por ejemplo, uno de los dos poemas homónimos de William Blake titulado “The Chimney Sweeper” (los versos 9-12), escrito en 1789, que denuncia el destino mortal de las infancias destinadas al trabajo industrial:

*And so he was quiet, & that very night,
As Tom was a sleeping he had such a sight,
That thousands of sweepers Dick, Joe Ned & Jack
Were all of them lock'd up in coffins of black*

Quizás la obra romántica más representativa que denuncia la potencia destructora de la ciencia es el *Frankenstein* de Mary Shelley. Precisamente, como se sabe, el entusiasmo ebrio de V. Frankenstein ante sus descubrimientos –y su supuesta motivación de crear un mundo mejor: “*Life and death appeared to me ideal bounds, which I should first break through, and pour a torrent of light into our dark world*” (Shelley, 2022, p. 48)– contrasta con la imposibilidad de mostrar empatía ante el ser monstruoso que su ambición ha creado.

El tumultuoso siglo XX inició con una Segunda Revolución Industrial –marcada por el descubrimiento de la electricidad y la invención del teléfono, la radio y la televisión– a la cual se superpuso una tercera a mediados de siglo,

La “tecnología” nace en Occidente cuando el sistema de producción masivo –que caracteriza a la Primera Revolución Industrial y que da lugar a lo que Silvia Federici identifica como la institucionalización de la esclavitud– llega a su punto más álgido.

la llamada Revolución Digital, que trajo gran parte de los avances electrónicos, mecánicos y digitales que configuran el mundo de hoy (Ali *et al.*, 2022). El primer entusiasmo ante esta ola de nuevas invenciones quedó bien retratado en muchas de las llamadas vanguardias históricas. Recordemos, como ejemplo paradigmático, la exaltación que la máquina despertó en el futurismo de Marinetti. Los escritos del italiano y su aspiración a formar “hombres inhumanos y mecánicos” (1978) muestran, de hecho, un desenfreno similar al que había ilustrado Mary Shelley con su protagonista. De todos modos, como Roger Griffin identifica de modo brillante (2007), ese tufo de vehemencia aparatosa emitido desde la expresión artística terminó por hallar cabida, más bien, en los discursos fascistas que conformarían el arsenal ideológico de la Europa de la primera mitad de siglo (coincidencias con el escenario de hoy, para quien las busque).



Antiguos aparatos de radio y televisión del Early Television Museum en Ohio, Estados Unidos. Wikimedia Commons.

El tumultuoso siglo XX inició con una Segunda Revolución Industrial –marcada por el descubrimiento de la electricidad y la invención del teléfono, la radio y la televisión– a la cual se superpuso una tercera a mediados de siglo, la llamada Revolución Digital, que trajo gran parte de los avances electrónicos, mecánicos y digitales que configuran el mundo de hoy.

Dejando de lado el intento rupturista de las vanguardias, como contrapunto a este escenario de grandes inventos tecnológicos tenemos también la expresión de un siglo –desde la filosofía, la literatura y el arte– que siente la urgencia de mostrar de manera compleja y diversa una experiencia humana alienada, solitaria y nihilista. Una experiencia que ve con preocupación las ruinas de un mundo agravado por una revolución tecnológica asentada bajo las mismas leyes que el capitalismo legitimó. La paradoja máxima de la destrucción que supuso una confianza ciega en la “organización sistemática de la técnica” –recordando la primera definición de tecnología– nos dejó un siglo XX con un saldo abominable: dos guerras mundiales y una guerra fría marcadas por una carrera armamentística de la cual no nos hemos librado, dos bombas atómicas y la sistematización de procesos de exterminio –siendo la “Solución final” el primer ejercicio, pero no el único–, todo ello bajo una lógica de producción basada en la explotación de territorios, cuerpos gestantes, pueblos colonizados, pueblos originarios y proletariado.

Desde el 2000 hasta el día de hoy, es decir, en apenas un cuarto de siglo, hemos entrado

aceleradamente en una cuarta revolución, marcada por la invención de la nanotecnología, la inteligencia artificial, la inteligencia artificial generativa y la generalización del uso del internet en nuestras actividades cotidianas. El día de hoy, la tendencia por posicionar la tecnología y las inteligencias artificiales en el centro del “progreso” se manifiesta, de manera más evidente, en el predominio del comercio tecnológico en Wall Street, con las prometedoras *startups* –llamadas de modo indiscreto *tech unicorns*– como empresas maravillas a través de las cuales los magnates pueden acumular riquezas inmensurables en espacios de tiempo cortísimos.

La apuesta por un mundo dominado por las tecnologías explica también la importancia que están ganando figuras como Elon Musk, CEO de Tesla, SpaceX, Starlink y otras, o Mark Zuckerberg, el CEO de Meta, en el nuevo panorama político de los Estados Unidos; un panorama, por cierto, encabezado por un Donald Trump cuya ideología patriótica se asienta en valores que tradicionalmente se han identificado con el avance tecnológico: la competencia, el dominio, el crecimiento exponencial. Si lo pen-

Ante este escenario, por otro lado inevitable, las humanidades siguen aquí para recordarnos que, ante todo, somos seres vivos interdependientes, sintientes y compasivos, cargados de un cuerpo afectivo que necesita del cuidado de otros cuerpos y, muy importante, de un sentido de trascendencia que supera, por mucho, la trivialidad a la que el mundo del consumo digital nos lanza día a día.

samos, gran parte de los habitantes de hoy, de hecho, viven bilocados entre el mundo digital y el mundo real, prestando menos atención al segundo que al primero.

Ante este escenario, por otro lado inevitable, las humanidades siguen aquí para recordarnos que, ante todo, somos seres vivos interdependientes, sintientes y compasivos, cargados de un cuerpo afectivo que

necesita del cuidado de otros cuerpos y, muy importante, de un sentido de trascendencia que supera, por mucho, la trivialidad a la que el mundo del consumo digital nos lanza día a día. ¿En qué radica ese sentido de trascendencia? Aun teniendo muchos nombres, muchas aproximaciones epistemológicas, bastaría pensar que cualquiera que sea, una vez vivido en profundidad, detona, en palabras de Lorena Cabnal, una “transformación profunda de la consciencia” cuya fuerza reverbera en el entorno social, natural, territorial y vital.

La universidad y, en particular, nuestra querida casa de estudios, son y deben ser espacios privilegiados que, aun reconociendo la necesidad y la importancia de las nuevas tecnologías, nos ayuden a no perder de vista que la tecnología es por encima de todo un medio, nunca un fin, a través del cual impulsamos la potencia de nuestra humanidad. En el fondo, no se le pide otra cosa a la tecnología más que ayudarnos, retomando la célebre frase de Píndaro (*Pítica II*, 72), a llegar a ser quienes somos, es decir, profundamente humanos. 

Referencias

Ali, S. H., Ayad, H., Al Rubaie, M. T., “Fifth Industrial Revolution (New Perspectives)”, *International Journal of Business, Management, and Economics*, 2022, núm. 3, pp. 196-212.

Blake, William, *Songs of Innocence, The Poetry and Prose of William Blake*, Doubleday and Company, Nueva York, 1970.

Cabnal, Lorena. “Reflexiones en torno a las comunales. Principios de cosmogonía maya ante las actuales violencias territoriales”, diálogo comunitario en el marco de la Semana del Bien Común, Universidad Iberoamericana, México, 11 de noviembre de 2024.

Federici, Silvia, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Tinta Limón Ediciones, Buenos Aires, 2024.

Gómez, Harvey, “El surgimiento histórico de la tecnología: repercusiones en los procesos de investigación”, *Revista Visión Electrónica*, 2011, núm. 2, pp. 123-132.

Griffin, Roger, *Modernism and Fascism. The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Palgrave Macmillan, New York, 2007.

Langbaum, Robert, *The Poetry of Experience. The Dramatic Monologue in Modern Literary Tradition*, The Norton Library, Nueva York, 1964.

Marinetti, Filippo T., “El hombre multiplicado y el reinado de la Máquina”, *Manifiestos y textos futuristas*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1978.

Shelley, Mary, *Frankenstein*, Coppel, Texas, 2022.